

AMERICA CENTRAL.

# Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.  
En el extranjero..... 1-00  
Número suelto..... 0-15  
Números atrasados.. 0-25

{ Año I. Núm. 6. }  
{ San José, 1º de setiembre de 1887. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

**Sumario.**—*Costa Rica Ilustrada*, por L. R.—*Descos*, por Luis R. Flores.—*Goicochea*, por Rafael Machado.—*Nieve de Estío*, por Juan de Dios Peza.—*La fiebre amarilla*, por Simplicio Cucufate.—*Rimas*, por Aquileo J. Echeverría h.—*Marta*, por Ramón Matías Quesada.—*Desinterés*, por F. S.—*Colegio de Señoritas de San José*, por Paolo.—*Crónica*, por Mr. Renard.—*En el Teatro*, por Odin.

**Grabados.**—Rosita.—Henry Irving.



ROSITA.

## “Costa Rica Ilustrada.”

A guisa de editorial váyanse por esos mundos unas cuantas promesas. Hilvaremos todo lo que nuestra imaginación desea, numeremos las diferentes piezas que ruedan sueltas en nuestro cerebro, como aspiraciones, y juntas y ordenadas, formando un cuerpo, salga de la pluma eso que habremos de llamar “nuestro ideal periodístico.”

Y será efectivamente un ideal. No nos será dable convertir en verdad ese deseo de nuestra mente? Lo creemos difícil pero no imposible. Lo creemos difícil, porque en un país tan pequeño como Costa Rica, país en que la vida literaria apenas empieza á dejarse sentir, en que la afición por las letras no tiene abolengo, pues podemos decir que acaba de nacer y no nos viene como herencia de la generación que pasó, país éste en que la naturaleza, poco pródiga hasta hoy, ha puesto en las manos de muy pocos la pluma que deleita, aquella que con sus producciones pone una santa envidia en el alma de los que nos hallamos aún en el escañón primero, en Costa Rica, decimos, es bien difícil tarea llenar un periódico con algo de lo que da de sí la inteligencia cultivada y jugosa, con artículos cuya lectura jamás se deja á la mitad, porque como se desliza una hoja sobre suave corriente, así corre nuestra imaginación por sobre frases bien hechas, llenas de espirituosos conceptos, de levantadas ideas y vestidas con el elegante ropaje con que el buen gusto sabe vestir sus hijos. ¿Quién será aquel que teniendo gusto literario no se deleite leyendo una buena producción? ¿Quién no se queda, después de saborear el artículo *Una patinadora de Washington*, como el niño á quien se le acaba un dulce y se chupa los dedos? Y el que leyó *La Torcaz*, *Prometeo*, *Un sueño*, dejó de sentirse orgulloso escuchando los trinos de la musa patria?

Pero de esto que satisface el alma, de esto que se acuerda tan bien con el sentimiento literario levantado ¿cómo podremos lograr para este periódico todo el material que necesitamos? ¿cómo hacer para que *Costa Rica Ilustrada* sea el jardín donde luzcan las mejores flores del talento costarricense, siendo así que nuestros literatos, dicho sea aunque les pese, son unos perezosos mayores de la marca, son tales y viven en tan absurda apatía, que es un ver-

dadero triunfo arrancarles algo de lo que produce su avaro talento?

He aquí en lo que estriba la principal dificultad de nuestro cometido. Este es el escollo contra el cual tendrá que luchar la paciencia. El esfuerzo para vencerlo es lo que constituye nuestra primera promesa.

Desde que nos hicimos cargo de la redacción de este periódico, siempre pensamos que lo que menos debíamos hacer era redactar. Pobres de fuerzas y profanos en el bello arte de pensar bien y decir mejor, con ingenua modestia nos concretaremos á buscar lo bueno, á suplicar, asediar, aguijonear á nuestros literatos para que escriban, á husmear donde esté el gustoso artículo, los versos notables, aunque no sean producto de nuestro país, y con el apoyo crítico de los maestros, dar al público producciones que verdaderamente lo deleiten. Quede, pues, sentado que nuestro trabajo será buscar lo bueno del país, reproducir lo escogido del extranjero y escribir poco, muy poco . . . una nada. Y sea ésta la segunda promesa.

Los jóvenes que empiezan, esos que son hoy el germen de lo que honrará nuestras letras mañana, también formarán parte de nuestra colaboración. El joven debe ser estimulado. No porque una flor esté en botón, carece de perfume; no porque sus pétalos empiecen á entreabrirse se oculta á las miradas del observador que bien pronto tendrán toda la lujosa belleza de su plenitud de vida.

La juventud inteligente y estudiosa tiene plaza en nuestro periódico. Al calor de los árboles crecidos deben desarrollarse los arbustos.

Esperamos que los jóvenes entusiastas no se dejarán dominar por la pereza ni por la falsa modestia que enerva el talento y hasta lo llega á nulificar. Si es ridículo ver á un joven que creyéndose formado, da de mano al estudio, se descuida de adelantar y se imagina ya cumplido literato, también es ridícula la creencia de los que no escriben porque piensan que sus primeras producciones, probablemente malas, habrán de dar al traste con su reputación. Sueñan éstos jóvenes con lograr el laurel del escritor sin tener una sola caída en el calvario del principiante.

Para concluir: *Costa Rica Ilustrada* cierra sus columnas á las polémicas de mala ley, no quiere entre sus publicaciones nada que la haga descender á la vulgaridad;

aspira con ansia á ser sobre todo el órgano de la vida literaria de Costa Rica, el torneo donde rompan lanzas todos los que aspiran á ser de alguna significación en las letras patrias. Este es el ideal. Esto lo que esperamos conseguir con la ayuda de nuestros hombres ilustrados, esto á lo que aspira el humilde redactor de esta hoja, quien juzgándose con imparcialidad, se reserva para sí mismo el puesto de colector del material, de portero que franquee el paso á los escritos que vengan á buscar cabida en las columnas de *Costa Rica Ilustrada*.

LA REDACCIÓN.

—:o:—

DESEOS.

Quisiera bajo el palio de una nube vagar por las regiones de los vientos y flotar en las ondas purpurinas que tiñe el sol con su pincel de fuego.

Reclinarme en el seno de la aurora y empapar en su llanto mis cabellos, y ver rodar en confusión sublime los astros por los ámbitos del cielo.

Prenderme de la estrella mas hermosa que brille en el sendal del firmamento y echando una mirada á lo infinito abarcar la extensión del universo.

Jugar con las auroras boreales y arrancar sus recónditos misterios, y ver chocar las nubes tempestuosas en las cavernas lóbregas del trueno.

Y luego descender, cuando la noche, tiende medrosa su ropaje negro, y al caer en los brazos de mi amada dejarle el alma entre la miel de un beso.

Limón, junio 26 de 1887.

LUIS R. FLORES.

—:o:—

GOICOECHEA.

Una de las glorias de Cartago es haber sido cuna de José Antonio Liendo de Goicoechea. Este hijo de Costa Rica fué el más prominente de los pocos hombres que

se dedicaron á las letras en el antiguo reino que existió en la sección del continente que hoy se llama la América Central.

En época triste y oscura para los americanos le tocó florecer á Goicoechea. En aquel tiempo no faltaron eruditos, sin culpa alguna de parte de ellos, rancios y encerrados en estrechos horizontes. Sabían más latín que castellano, pues en la lengua patria se exhibían desventajosamente; se enseñaba en latín, en los exámenes se hablaba latín, y en ese idioma se pronunciaban discursos. Éstos eran mejores, cuanto más atestados de citas tomadas de las sagradas escrituras y de las obras de los santos padres.

La teología era la ciencia en boga, la más importante y la que imprimía carácter á todas las enseñanzas. La argumentación imponía la forma silogística, y naturalmente de aquellos ergotistas brotaban á torrentes los *nego majorem ó nego minorem ó nego consequentia*. La resolución de los problemas filosóficos estaba en el *magister dixit*, sobre todo si el *magister* había sido algún doctor angélico.

Aquellos dados á la cosa pública, estudiaban la Política Indiana de Bobadilla, y los abogados eran un arsenal de lo que llamaban *cautelae*, ó, cuando más, unos lexicones ambulantes, sin noción alguna de la filosofía de la ciencia.

En esa época, tristísima para las letras, le tocó florecer á José Antonio Liendo de Goicoechea, y él brilló como meteoro luminoso en noche oscura. Basta para su gloria haber sido el primero que enseñó Física experimental.

El Br. don Domingo Juarros escribió un "Compendio de la Historia de la ciudad de Guatemala," y en esa obra se ocupa muy poco de Goicoechea, lo mismo que de otros escritores que vivían al mismo tiempo que aquel historiador, quien, según él dice, temía ofenderlos en su modestia. Sin embargo, Juarros dice acerca de Goicoechea lo siguiente: "Compuso un "Curso de Artes," que aunque no se dió á la estampa, tiene la gloria de ser el primer curso de *Física Experimental* que se leyó en esta Universidad."

Es decir, que Goicoechea dió el primer paso en imprimir á la enseñanza el carácter que hoy reviste, y que aquel sabio incomparable se adelantó á su época. Él escribió también una memoria sobre los medios de extinguir la mendicidad en la capital de Guatemala, y colaboró durante algún tiem-

po en la "Gazeta del Reyno de Gohatemala."

Ese periódico, único que entonces se publicaba, es muy curioso. El primer tomo fué impreso con tipos fundidos en el país. Hoy sería difícil reunir una colección de esa "Gazeta," que debía figurar en todos los museos de Centro América. En el de Guatemala entendemos que existen tomos truncos, y el que estas líneas escribe tenía una colección completa, comprada á peso de oro, entre otras muchas cosas de que no quisiera acordarse.

La Gaceta del reino tuvo un período en que fué verdaderamente interesante: cuando en ella escribía Goicoechea. En el tomo á que nos referimos hay artículos sobre libertad de comercio y sobre la manera de civilizar á los indios, asuntos que hoy mismo son de palpitante actualidad.

El ilustre costarricense á quien nos referimos fué uno de los fundadores de la Sociedad económica de amigos del país, y en los anales de esta Corporación existen algunos de sus trabajos.

Goicoechea, bajo su hábito de fraile franciscano, á su gran saber agregaba un carácter jovial y un talento festivo. La tradición ha conservado dichos suyos y anécdotas, que prueban la gracia de que estaba dotado y la agudeza de su ingenio.

La biografía del sabio centroamericano está escrita por otra de nuestras notabilidades literarias, y así mismo figura su nombre en un diccionario biográfico de los contemporáneos, publicado en la Península. Tal vez nosotros somos los que no hemos llenado los deberes que tenemos hacia el hijo inmortal de la provincia de Cartago. Es verdad que su retrato se halla en el paraninfo de la Universidad de Santo Tomás, y que su nombre, equivocadamente escrito, es el que tiene una de las calles de esta capital; pero eso no es bastante.

No pedimos que á Goicoechea se le erija una estatua. Tiene la suya en sus propias obras. Lo que deseamos es conocerlas, porque á ello tenemos derecho, porque se trata de un costarricense.

La administración Soto ha hecho mucho por las glorias nacionales; nosotros le pedimos que haga más aún: que á cualquier costo recoja todos los escritos de Goicoechea y de ellos se haga una lujosa edición nacional, precedida del retrato y de la biografía del sabio. Entonces, cuando se escriba la historia de esa administración, entre otras

muchas cosas podrá decirse: ella salvó del olvido é hizo la apoteosis de un héroe, Santa María; ella dió á conocer los ignorados escrito de un sabio, Goicoechea.

RAFAEL MACHADO.

### Nieve de estío.

Como la historia del amor me aparta  
De las sombras que empañan mi fortuna,  
Yo de esa historia recojí esta carta  
Que he leído á los rayos de la luna.

Yo soy una mujer muy caprichosa  
Y que me juzgue á tu conciencia dejo;  
Para poder saber si estoy hermosa  
Recurro á la franqueza de mi espejo.

Hoy, después que te ví por la mañana,  
Al consultar mi espejo alegremente,  
Como un hilo de plata ví una cana  
Perdida entre los rizos de mi frente.

Abrí, para arrancarla, mis cabellos,  
Sintiendo en mi alma dolorosas luchas,  
Y ¡cuál fué mi sorpresa, al ver en ellos  
Esa cana crecer con otras muchas!

¿Por qué se pone mi cabello cano?  
¿Por qué está mi cabeza envejecida?  
¿Por qué cubro mis flores tan temprano  
Con las primeras nieves de la vida?

No lo sé.—Yo soy tuya, yo te adoro,  
Con fe sagrada, con el alma entera;  
Pero sin esperauza sufro y lloro;  
¿Tiene también el llanto primavera?

Cada noche soñando un nuevo encanto  
Vuelvo á la realidad desesperada;  
Soy joven, es verdad, mas sufro tanto  
Que siento ya mi juventud cansada.

Cuando pienso en lo mucho que te quiero  
Y llego á imaginar que no me quieres,  
Tiemblo de celos y de orgullo muero.  
(Perdóname, así somos las mujeres).

He cortado con mano cuidadosa  
Esos cabellos blancos que te envió;  
Son las primeras nieves de una rosa  
Que imaginabas llena de rocío.

Tú me has dicho: "De todos tus hechizos,  
Lo que más me cautiva y enajena,  
Es la negra cascada de tus rizos  
Cayendo en torno de tu faz morena."

Y yo, que aprendo todo lo que dices,  
Puesto que me haces tan feliz con ello,  
He pasado mis horas más felices  
Mirando cuan rizado es mi cabello.

Mas hoy, no elevo dolorosa queja.  
Porque de tí no temo desengaños;  
Mis canas te dirán que ya está vieja  
Una mujer que cuenta veintiún años.

¿Serán para tu amor mis canas nieve?  
Ni á suponerlo en mis delirios llevo!  
Quién á negarme sin piedad se atreve  
Que son la nieve que brotó del fuego?

¿Lo niegan los principios de la ciencia  
Y una antítesis loca te parece?  
Pues es una verdad de la experiencia:  
Cabeza que se quema se emblanquece.

Amar con fuego y existir sin calma;  
Soñar sin esperanza de ventura;  
Dar todo el corazón, dar toda el alma  
En un amor que es germen de amargura;

Buscar la dicha llena de tristeza  
Sin dejar que sea tuya el hado impío,  
Llena de blancas hebras mi cabeza  
Y trae una vejez: la del hastío.

Enemiga de necias presunciones  
Cada cana que brota me la arranco,  
Y aunque empañe tus gratas ilusiones  
Te mando, ya lo ves, un rizo blanco.

¿Lo guardarás? Es prenda de alta estima  
Y es volcán este amor á que me entrego;  
Tiene el volcán sus nieves en la cima,  
Pero circula en sus entrañas fuego.

JUAN DE DIOS PEZA.

—:o:—

### La fiebre amarilla.

Por fin amaneció ese día temido; el sol alumbró la tierra y en ella habitaban muchos Doroteos y Doroteas. Sí señor; hoy es día de San Doroteo, y por consiguiente, hay que felicitar á todos los Doroteos, y sobre todo á las Doroteas viejas, jóvenes, niñas, casadas, viudas y solteras.

Mi mujer y mis ocho hijas no llegaban á almorzar á pesar de ser las once, porque recorrían las tiendas buscando los regalos para las Doroteas.

Pero antes diré que aquel fúnebre día

era dos veces fatídico. Era sábado y al mismo tiempo era el día de San Doroteo... ¡¡que Dios se apiade de esta su casa!!!

Yo acostumbro poner en mano propia de mi esposa la cantidad de cinco pesos cada sábado, lo cual representa en el mes, suponiendo que ese mes no tenga la crueldad de contener cinco sábados, la tercera parte de mi sueldo, que alcanza á sesenta pesos. Esto bastaba en otros tiempos, y á veces sobraba y quedaban algunos centavos para el domingo. Pero ese tiempo feliz pasó... y... es que no volverá... pero sí volverá el día de San Doroteo y cuarenta santos que han hecho de mi vida un infierno.

Pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿por qué los santos se han convertido en una calamidad apenas comparable con la peste, el huracán y la guerra?

¡¡Ay lector querido (ó aunque no lo sea) lo que ha venido á dar punto y fin á mi tranquilidad doméstica; lo que ha producido la ruina de innumerables familias; en una palabra: lo que motiva el estado lastimoso de nuestra fortuna es, pura y simplemente, un hecho que antes nos parecía natural y corriente, á saber: el hecho de que una persona cumpla años ó se case ó esté viva el día del santo de su nombre.

Sí, amigo mío, (caso de serlo), hoy por hoy, un hombre puede no comer; puede no pagar el alquiler de la casa en que vive; puede... en fin... todo lo puede, menos una cosa, y es ser menos que otro ú otra y dejar de hacer un regalo suntuoso á todas y á cada una de las personas que conoce, cuando esas personas cumplen años, ó se casan... fuera del día primero del año y del día del santo de su nombre, en que todos tienen derecho á que se les regale... cualquier cariñito, con tal que sea mejor que el que dió el vecino, y que no sea cosa muy vulgar ni conocida, por ejemplo: un album á la Roskoff, valor \$ 50, ó un jueguito de té, fábrica Ruols, que no baje de cien pesos.

El almuerzo esperaba. Por fin se aparecen mis ocho bendiciones (que así llaman algunos á los hijos de su corazón) cargadas con ocho paquetes de diversos colores y volúmenes, que colocaron cariñosamente sobre un sofá. Comienza el almuerzo compuesto de arroz y frijoles sin manteca. Sigue el café, que es una agua teñida color de tierra de siena sin dulce.

Mi cara mitad y los ocho pedacitos de

mi alma comían y bebían con delicia aquellos manjares exquisitos, sazonados con la... esperanza de sobreponerse en sus regalos á las Doroteas, á muchas de las gentes ricas y pudientes. ¡¡Qué placer ver en la habitación de Dorotea Sinsal, la hija del Doctor Simmiel, las doradas tarjetitas colgando de los floreros, álbumes, abanicos, etc., etc., y con el nombre de mis ocho tórtolas, así: Bailotina Cucufate, Alborotina Cucufate, Coquetina Cucufate, etc., etc. ¡¡Oh triunfo!!

Por lo que hace á mí, confieso que á ese *vine, vidi, vinci*, hubiera preferido un *vine, comí y bebí* café con azúcar y leche y pan y mantequilla; pero eso no era posible y me contenté con entablar el sabrosísimo diálogo siguiente entre mi esposa llamada Sinforosa, mis hijas y la víctima expiatoria que suscribe.

Sinforosa.—Querido Simplicio, cuán dulce me parece el café sin dulce, cuando esa falta de dulce representa un sobro de auge y de representación social.

Yo.—Adorada Sinforosa, yo quisiera de buena gana ser un verdadero diputado para no discrepar contigo; pero te pido perdón de salvar mi voto y continuar siendo conservador y testarudo en eso del dulce para el café, y aun llevo mis pretensiones hasta desear que un poco de manteca amenizase la dureza de estos frijoles... aquí iba de mi discurso inaugural del almuerzo, cuando fui anonadado con nueve ah! oh! ¡¡ja! ju! y otras interjecciones de espanto, de lástima y compasión, mezcladas de cierto aire de protesta enérgica y bien acentuada.

Corsetina, mi cuarta hija, tomando del brazo á Coloretina, la quinta, y desplegando un pañuelo en guisa de pabellón insurreccional se pararon y en duo *forte assai*, exclamaron: ¡¡Pobre papá, se olvida que estamos en la época moderna y que su papel ya pasó... Eso estaba bueno en 1850, cuando nuestros antecesores, que eran simples patanes con zapatos, apenas ganaban como vivir de la vida material y vulgar; pero ahora que nos acercamos á la época futura y somos el lazo entre el presente y el porvenir, no se trata de vegetar como los animales, sino de vivir con el espíritu; de vencer en la lucha social y de que nos señalen como modelos de lujo, elegancia y de liberalidad con nuestras relaciones. Comprendemos que en aquellas edades oscuras y casi olvidadas, el estómago ocupase un lugar prominente. Hoy todo ha variado.

Ese prosáico estómago desaparecerá dentro de poco.

Yo.—Como van desapareciendo los pulmones en algunas familias; sí, hijas mías, la próxima generación no tendrá ni pulmones ni estómagos, que serán sustituidos por los corsees y los polvos de arroz. Comprendo el placer de anonadar á sus amigas humillándolas con valiosos regalos, siempre que eso se pueda hacer suprimiendo la comida, el lavado de la ropa, el alumbrado, etc., etc., pero como aun así el déficit mensual pasa de \$ 40, llegará un día en que además de vivir en dieta perpetua, siendo ustedes mismas cocineras, lavanderas y planchadoras; en que nos embarguen la casa y tengamos que salir con los floreros, costureritos y demás regalos pasivos, á habitar dentro de un álbum, abrigándonos con abanicos y alimentándonos con caramelos, dátiles y *bouquets*.

Descaradina, mi hija 7ª.—¡¡Tanta algazara por un miserable pañolonsillo de burato que me ofrecen, por ser á mí, en \$ 37, cuando la hija de don Risueño Perote tiene preparado para Dorotea Sinconciencia, un prendedor de brillante que le costó \$ 250.

Yo.—Sí, Descaradina mía, esa señorita puede regalar \$ 250 porque su padre posee un capital de medio millón de pesos, mientras yo poseo deudas por una respetable suma y por toda entrada los \$ 60 del sueldo.

Lujosina mi octava hija:—La verdad es que papá pretende luchar contra la corriente; pero nada sacaré porque la moda es una potencia contra la cual el vencido no se rehabilita nunca. El ridículo se encarga de castigar al osado que la combate.

Yo.—Eso es exacto, yo lucho; pero sigo la corriente, la cual nos lleva á la bancarrota y al hospital. El sin número de miserias que serán resultado de esa ridícula moda de regalar lo que no se tiene, espantaría la imaginación del más valiente. ¿Por qué no limitarse á mandar su tarjeta ó á lo más un ramo de flores á la amiga, á la parienta que cumple años ó contrae matrimonio? Eso se agradece lo mismo y cuesta casi nada.

Este diálogo sin dulce fué interrumpido por repetidos golpes en la puerta de calle. Buen cuidado tuve de no ir yo mismo á abrir y mandé una descubierta compuesta de Bailotina y Coquetina á averiguar quien llamaba con tanta confianza. Hai lotin

calladamente depositó en la mesa media docena de cuentas del zapatero, de Troyo y C<sup>o</sup>, de André y C<sup>a</sup> y una orden del Alcalde don Inocente Moreno para que yo, Simplicio, compareciera á contestar demanda por falta de pago de varias mercaderías. regaladas el primero de enero por mis hijas á setenta y dos conocidas suyas, lo cual da un total de nueve amigas por cada hija y... ¡qué veo?... embargo de la tercera parte de mi sueldo... Alborotina fué de opinión que yo desafiara al Alcalde Moreno y al juez ejecutor. Coquetina manifestó su sentir con más calma, aconsejando un baño de agua hirviendo en favor del que me embargaba el sueldo. Corsetina cree que lo mejor es renunciar el destino para impedir el embargo, pues, muerto el perro, muerta la rabia. Pero yo, juiciosamente resolví... pedir una prórroga á los cobradores, un aumento de sueldo al Gobierno y comprar sobre la marcha tres números de la rifa, pues pensándolo bien puedo sacarme el número de mil pesos y dos de doscientos, lo cual fué aprobado por todos, con la condición de que no se suspenderían los regalos del día. Así concluyó ese triste é inolvidable almuerzo tan lleno de alegres chistes y tan escaso de carne y demás adminículos digestibles.

San José, 13 de agosto de 1887.

SIMPLICIO CUCUFATE.

—:O:—

RIMAS.

Movido por codicia  
Arranca al hondo mar  
La riquísima perla  
El marinero audaz.  
Ay! si me dieran fuerza  
Mi tristeza y dolor  
Del abismo de mi alma  
Arrancaría tu amor.

\* \* \*

Te admira lo infinito del espacio,  
Te encanta la grandeza del oceano,  
Tu alma desdeña lo pequeño y fácil  
Y busca lo que encierra algún arcano.  
Y sin embargo pasas á mi lado  
Sin fijarte siquiera en mi dolor;  
Sin mirár que el espacio y el oceano  
Pequeños son al lado de mi amor.

\* \* \*

Cubre la noche con su inmenso manto  
Toda la tierra,  
Y en el espacio el poderoso rayo  
Culebrea.  
Viene la aurora en su rosado carro  
De oro y de grana,  
Váse la sombra y el temido rayo  
Su voz acalla.  
Envuelto entre las sombras de la noche  
Está mi corazón,  
Y cruzan por el cielo de mi alma  
Los rayos del dolor.

¿He de vivir rodeado de tinieblas?  
¿Será eterno el dolor que me devora,  
O brillará por fin dentro mi pecho  
De amor y dicha la bendita aurora!

AQUILEO J. ECHEVERRÍA h.

MARTA.

¿Quién no ha oído en sus primeros años  
cuentos de *duendes*, de *espantos* y de *brujas*  
que salen los sábados por la noche del tene-  
broso aquelarre á cabalgar en el palo de una  
escoba?

Todavía recuerdo las cruces que me ob-  
ligaban á hacer las cocineras, cuando algún  
bubo silbaba en los alrededores de la casa.  
Todavía me infunde horror el cuento del *ca-  
dejos*, de la *zegua* y la *llorona*. Todavía se  
me representan aquellas calaveras enjutas y  
aquellos espectros descarnados y aquel ma-  
re mágnim de ficciones ridículas, que con  
tanto acierto sabían describir las visionarias  
de la vecindad.

Pero ¿habrá quien crea hoy en el *her-  
mano* que custodia una *botija*; en el *duende*  
que esconde el bastón, el paraguas, el corsé,  
las pantuflas y cualesquiera otros objetos que  
se solicitan con urgencia; ó en la traidora  
*bruja*, que ahoga al recién nacido en el rin-  
cón de la primeriza que ignora la manera  
de conjurar fantasmas, ó que no tiene la pre-  
caución de hacer una cruz de ceniza en su  
apuesto?

Y sin embargo, nosotros los despreocupa-  
dos, gracias á la ociosidad de los france-  
ses y al peregrino hallazgo de la familia Fox,  
creemos en la cábala del número 13, como  
en la obediencia de los espíritus vagabundos,  
errantes en la otra vida y que sólo esperan  
que nos reunamos en torno de una mesa, pa-  
ra venir á tomar parte en nuestras ocupacio-  
nes terrenales.

¡Qué singular mudanza!

No podía ser de otro modo. El espíritu humano atraído siempre por lo fantástico y maravilloso, no podía deshacerse del todo de esas preocupaciones vulgares, sin sustituirlas con otras, que explicaran de algún modo, todo aquello que no puede ser dominado fácilmente por la razón.

La sociedad ilustrada, por lo común hace hoy responsable de sus desgracias al número 13, si de antemano no se las había vaticinado el espejo que se rompe en la sala, ó el salero que se vuelca en la mesa.

En cuanto al vulgo, ¡no se diga! cuántos infortunios se atribuyen al *maleficio*; cuántos percances á los *familiares*; cuántas averiguaciones y venganzas al *candil*, á los *negritos* y á otros mil editores responsables de los sucesos adversos!

En una familia distinguida muere tal vez una niña y no falta alguna encopetada matrona que diga: "estuvo en una reunión compuesta de trece personas"; como tampoco faltará cocinera que diga: "le habían hecho mal."

Comienza una persona á enfermar; su color pierde la frescura juvenil, sus ojos se apagan y en todo su exterior se trasluce un sufrimiento oculto, acaso una decepción privada, pues no hay remedio: "la han asombrado."

Siempre he oído decir que creer en sueños es pecado. Cedo mi puesto á los teólogos en esta materia. Soy profano en teología, de todo en todo. Pero no puedo menos de recordar la terrible influencia que ejercen aún los sueños en el ánimo de algunas personas.

No hay duda. Existen supersticiones plebeyas en pleno siglo XIX.

Yo conozco personas desgraciadas, que esperan un porvenir sonriente; y personas que temen la llegada de una desdicha interminable, tan sólo porque los delirios de su imaginación les ha forjado tales manías.

Y á propósito, mi ánimo no fué *ocuparme* de las supersticiones, como decimos por acá, sino sacar á luz un cuadro tomado de las supersticiones plebeyas.

\* \*

Descorramos el velo.

La tierra está envuelta por las sombras de la noche; á intervalos, la luna, que rueda solitaria por el espacio, asoma su disco de luz pálida, cortado al sesgo y vierte su resplandor sobre una casita de aspecto familiar,

plantada en el recodo de silencioso bosque.

De pronto es interrumpido aquel silencio sepulcral por los desaforados gritos de una mujer joven y al parecer loca, que sale con estrépito de la modesta casita, verdadero nido de torcaes en que se albergaba la felicidad.

¿Y era en verdad una loca? ¡Niñería! era una pobre doncella que en aquel lugar cuidaba de su padre ciego y encorvado por los años; era una joven timorata que guardaba con fidelidad las últimas disposiciones que recibió de su madre moribunda, y la crueldad de un sueño raro le acaba de forjar la idea de que es traidora, perjura é ingrata. De ahí los gritos, de ahí el sobresalto con que asoma á la puerta á deshora de la noche, cuando no se mueve una hoja, cuando ya no "gime el viento en la arboleda, ni el pájaro en el nido."

¡Perjura! Sí; su madre, al morir, le exigió con juramento que nunca amase á nadie; y ella, la inocente niña, privada por completo de las pasiones que tan dulcemente perturban el sosiego del corazón, acaba de soñar que ha faltado á su promesa.

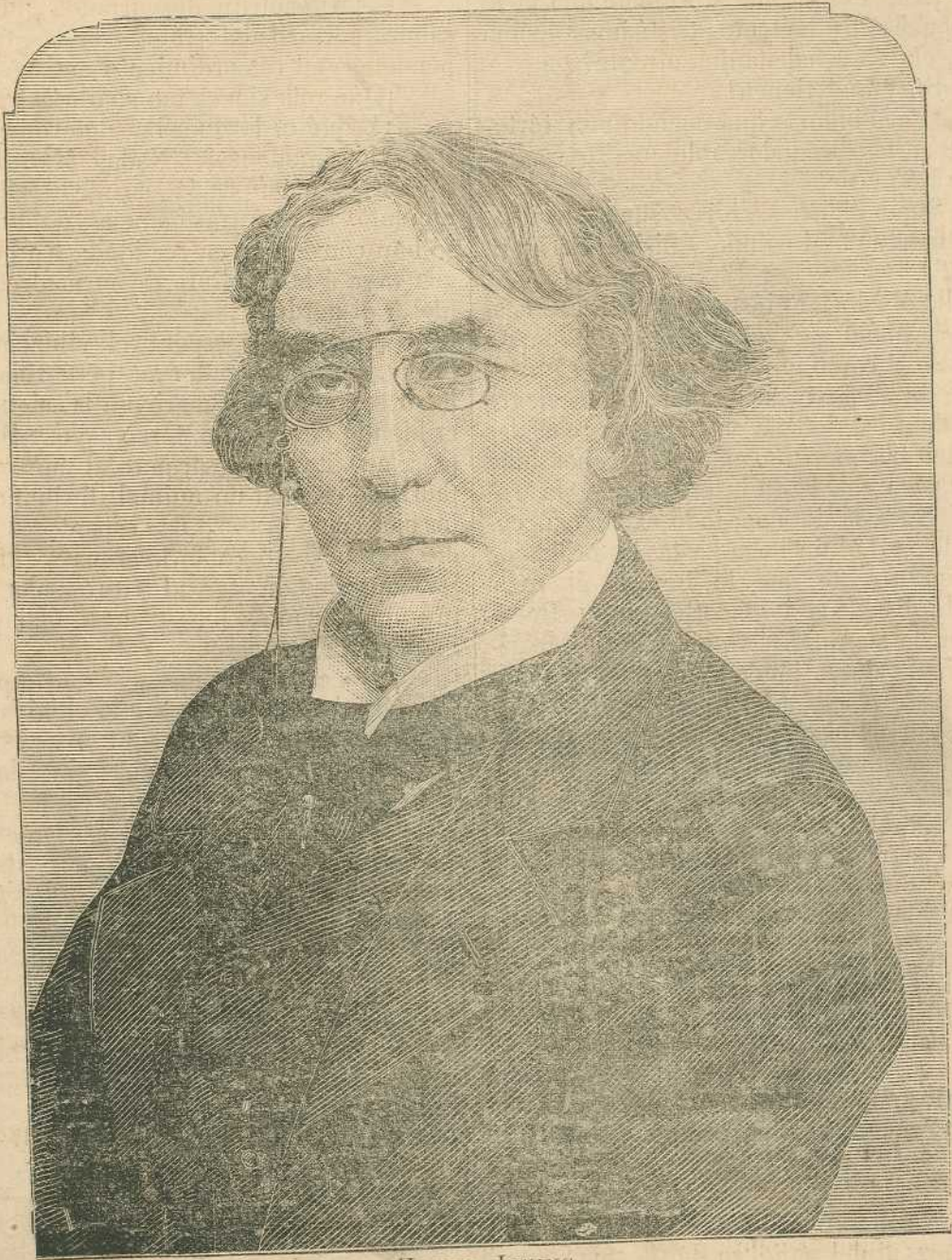
¡Qué angustia! ¡Qué congoja! Marta, que así se llamaba la hija del ciego, al abrir la puerta siente sobre su cabeza el vuelo flojo de una ave nocturna y retrocede espantada y se refugia en su lecho. El insomnio la persigue; la imaginación le representa la sombra de su madre; oye ruidos y siente el aleteo monótono de una mariposa, que ha entrado cautelosamente hasta su alcoba.

¡Horrible noche! La desventurada niña presiente una desgracia; y así como el monarca babilonio leyó en aquel fatídico "Mane Thecel" su sentencia, así lee ella en el fondo de su corazón, la sentencia de un hado inexorable.

Era Marta una flor del campo; sencilla en sus modales, inocente en sus entretenimientos y pura, muy pura en sus afecciones. Agraciada en sus formas, suave la mirada, y erguida con aplomo, bajo su modesta vestidura de pliegues verticales, era una estatua de Fidias, puesta de perfil. Obra maestra de arte plástico y maravilla también de belleza moral. De sus labios brotaba armoniosa la elocuencia sencilla del amor filial, ya para saludar á su padre al amanecer, ya para consolarle durante el día, ó ya para despedirse de él, cuando llegaba "la hora de la conciencia y del pensar profundo."

Pero otro día, la niña no canta, amaneció





HENRY IRVING.

ce pensativa, desdeñosa. El anciano extraña el silencio de su hija y le dice:

—¿Por qué no cantas hoy, ni estás alegre, hija mía?

—¡Ah! Porque me atormenta una idea. ¿No escuchas los lamentos tristísimos de una tórtola, en esa arboleda de enfrente?

—Sí; y qué tienen?

—¿Pues ignoras que cuando una tórtola gime en los alrededores de una casa, alguien va á morir?

—Supersticiones, hija, supersticiones. Sal un momento al campo y disipa esa melancolía.

Ella obedece al instante: toma un cestillo en la mano, se aleja inconscientemente de la casa y como quien va dispuesto á deshacerse de un adversario tenaz, pone alegre el semblante y rie sola y juguetea con las flores del bosque, tomando á trechos una apostura varonil, hasta internarse en la soledad. Nada la detiene; todo excita su curiosidad, pero al fin llega hasta la orilla de bullicioso torrente, que le impide el paso. Ella está dispuesta á vencerlo todo. Recorre la orilla con afán y tropieza con la gallarda figura de un joven pescador, que interpreta sus deseos, le alarga la mano con respeto y le ayuda á pasar, no sin decirle al oído: “¡qué simpática! ¡quién fuera tuyo!”

Las palabras del mancebo algún eco tuvieron en el corazón de Marta, pues en toda su excursión no cesó de repetir las. Regresó por fin apresuradamente á su hogar y cubrió de besos al pobre ciego, quien al notar su agitación le dijo:

—¡Qué sobresalto, mi vida!

—¡Ah, si vieras que he venido volando, porque oí rugir una fiera en la espesura del bosque!

—¡Ingrato animal!

—Pero en cambio, cómo palpita de gozo mi corazón, qué placer, qué alegría siento!

Y en efecto, no se volvió á acordar de sus sueños, ni del buho, ni de la mariposa, ni de la tórtola. Todo era risas y tonadillas y prepararse para salir al campo todas las mañanas y volver inundada de amoroso delirio.

—¡Qué sonrisa, qué ojos, qué palabras, qué galantería! ¡Su bondad! ¡El apretón de manos...! ¡ay de mí! ¡Sus besos! ¡Julían de mi alma!

He aquí los monólogos cotidianos de aquella vestal inocente, que saboreaba las primeras expansiones del amor:

Pero de pronto llega un día y la niña salpica con dos lágrimas ardientes el tostado rostro del anciano.

El idilio se ha tornado en elegía.

—¡Mi espíritu desgarrado! ¡Mi pobre cabeza perturbada! ¡Infeliz, la desgracia me persigue y el remordimiento me acosa!

¡Qué reflexiones tan sombrías!

¿Y qué es lo que ha determinado tan repentina mudanza? Nada; Marta en los trasportes de su pasión, ha recordado su juramento. Las extravagancias de un sueño se han convertido en realidad; es preciso que ella vaya á la sepultura de su madre, á implorar el perdón.

Y en efecto, espera el silencio de la noche, para emprender su peregrinación al lugar sagrado. La mariposa la sigue, describiendo círculos en torno suyo. Se acerca á la solitaria huesa; pero al aproximarse, ¡horrible escena! un animal furibundo, con los ojos como brasas, da espantosos ahullidos, remueve con afán la arena y cruje ferrozmente los dientes, al triturar una calavera y unos cuantos huesos que blanqueaban á flor de tierra.

¡Espectáculo demasiado fuerte para un corazón tan delicado! Marta cayó accidentada y también murió.

Desde entonces se dice que en aquel lugar *espantan* y que por la noche se oye un cuchicheo como de personas que rezan.

Y cuando el vulgo pasa por allí, dice “que la mató un sueño,” ó que “le hicieron mal.”

No respondo de la veracidad de esta historia. Conforme me la contaron, así la cuento.

¿Será ésto superstición aristocrática ó superstición plebeya?

Cartago, 21 de agosto de 1887.

R. M. Q.

### Desinterés.

Que algún amante, de su afecto en prenda  
De esa tu boca que al placer hechiza  
Quiera obtener como preciosa ofrenda  
La celestial sonrisa.

Que otro galán en sus amoreso anhelo  
Desea obtener tu fúlgida mirada  
Por extasiarse en ella, cual del cielo  
En nube nacarada.



Sólo así habréis llamado á las puertas de un positivo adelanto.

Pero alto . . . no necesitamos hablar aquí de la influencia de la mujer en la sociedad y más cuando ostenta sobre su frente la hermosísima corona del talento y la virtud.

Ya hemos tenido ocasión otras veces de exponer nuestras ideas á este respecto.

Por hoy callamos. Nos contentamos únicamente con manifestar que el Colegio de Señoritas se abre anchuroso campo en las sendas del progreso y la cultura. Se trabaja con entusiasmo y es de esperar un fruto provechoso y abundante.

¡Ojalá que las maestras alemanas sigan constantes y laboriosas en la grande obra de la enseñanza y que puedan ver coronados sus deseos, que son los más puros del corazón!

PAOLO.

### Crónica.

Un poquito de crónica.—Esta es una sección que en los periódicos quincenales de Costa Rica está de más por dos razones: la primera porque cuando hay algún acontecimiento que merezca ser contado, como es pequeño nuestro país y de pocas novedades, ese acontecimiento se ve, se palpa, se comenta, se manosea de todos modos y cuando el público le deja es porque su curiosidad no puede sacar de él ni un solo detalle más; la otra razón es que nuestros diarios llevan la minuta exacta de lo que pasa y dan al público las noticias que pueden interesarle: así es que cuando un periódico como éste quiere hacer una revista de lo que ha pasado, no hay remedio, tiene que volver á lo dicho, desenterrar los muertos, sacudir el polvo á lo que ya lo iba tomando y muy si señor, dar como noticias acabadas de salir del taller, relucientes de puro nuevas, lo que el público conoce y ha comentado, y con la agradable sonrisa del que hizo algo bueno quedarse tan campante. Pero que le hemos de hacer! Nuestro periódico ha de tener crónica, y si no puede emperujarse con novedades, afuera con lo viejo y Cristo con todos.

Hubo fiestas en Cartago (aprieta con la novedad). La consabida mogiganga, las consabidas corridas de toros, el consabido baile. . . pero no, que esto último no es moneda de circulación forzosa en tiempo de fiestas, digo cuando es tan bueno como el que hubo. Estuvieron concurridas y alegres: no podía ser de otra suerte. El carácter de los cartagineses se presta para que los que nos largamos para allá en esos

días pasemos buenos ratos de solaz, que no es poca la falta que nos hacen. De lo más notable que hubo en las dichas fiestas, además del espléndido banquete con que el señor Troyo obsequió al Presidente de la República, fué el baile que daba la Municipalidad de aquella provincia obsequiando también al Presidente, con motivo de su regreso á la patria y de la conclusión de nuestras diferencias con Nicaragua.

Un acontecimiento tan trascendental, un acontecimiento que cual astro de abundosa luz, viene á poner nítido el cielo de los dos países, despejándolo de las oscuras nubecillas que lo sombreaban, esto bien puede poner la más santa alegría en nuestro pecho y ser parte para que en la explosión del entusiasmo se prodiguen los festejos del pueblo entero al hombre que asentó sobre su patria la venturosa paz.

Pero ¡qué Diab! por declamar un poquito me he dejado atrás el baile de que iba hablando; y como no estoy para guardar entre mi cuerpo lo que de él tengo que decir, vuelvo sobre mis pasos, tomo la punta del párrafo anterior, y como si no hubiera dicho esta boca es mía, continúo mi crónica.

El salón del Colegio, palenque donde debíamos romper lanzas con el placer los más feos y las más bellas, estaba primorosamente adornado. A una legua trascendía un olorillo á buen gusto que dilataba el alma. Las melodías de exquisita música, traviesas se metían en nuestros oídos y con sus caricias pellizcaban los nervios y producían tal picazón en los pies, que sin que se escapara uno á la dulce presión de la alegría todo aquello era un zarandeo rítmico, un correr inacabable, un movimiento, á veces compasado, á veces loco, en que nos agitábamos presos en las encantadoras mallas del baile. Las señoras de edad y los caballeros ya proveyectos juro que bailaban con el alma; la cara estaba seria; en los labios tal vez había una sonrisita de esas que se pueden traducir por un "loca juventud", pero á pesar de sus semblantes serios vuelvo á jurar que la procesión andaba por dentro.

Si me pongo á decir cuál era la más bonita, cual tenía los ojos más negros y cual una cara mejor, sería el cuento de nunca acabar. Punto final y hasta el año entrante, si es que los cartagineses nos vuelven á proporcionar una noche tan deliciosa como la del 15 de agosto.

\* \* \*

Y á propósito de Cartago. . . pero esperen Uds. que voy á ponerme cuello parado. No se dice así como se quiera lo que es serio y trascendental. Las facciones deben entiezar y dejar esa movilidad que adquieren cuando se trata del bailoteo y la diversión.

Se dice que el distinguido educador don Juan F. Ferráz se va para Cartago á dirigir un Colegio. No sabemos ningún detalle acerca del programa y bases del establecimiento. Pero no

importa: el nombre del señor Ferráz es una garantía y la creación de un nuevo centro educacionista, á todo viento, es cosa que agrada á quien se interesa por el progreso del país.

\* \* \*

El 20 y el 22 de agosto último, con motivo de los respectivos cumpleaños del señor Presidente de la República y de su hijo, hubo dos bailes en el Palacio Presidencial. El primero, precedido de una lujosa comida con que el General Soto obsequiaba á don Francisco Röhrmoser, persona á quien él distingue altamente, estuvo magnífico. El segundo, brillante. Ingenuamente confesamos que tanto en el uno como en el otro, la exquisita amabilidad del señor Soto y su señora, la belleza y elegancia de nuestras josefinas, una música agradable y el buen humor que retoza cuando se encuentra uno á todo su placer, contribuyeron á que las dos noches de baile fueran uno de esos minutos adorables que dejan en el corazón un dulce recuerdo.

\* \* \*

En estos últimos días las zarzuelas que más han llamado la atención han sido *Los Madgyares*, *Boccacio* y *El Reloj de Lucerna*, aparte de *La Guerra Santa*, puesta en escena á beneficio de la señora Celimendi y á la cual de muy buen grado dedicaremos párrafo especial. *La Marsellesa* la pasamos por alto, porque ya en otro número de este periódico se ha tratado extensamente de ella y en cuanto á su representación nos aténemos á lo que se dijo entonces, porque nos parece estuvo al mismo nivel.

Adviértase que aunque hablo en plural, no pretendo hacer al público participante de mis opiniones. Esto de que un revistero diga: el público quedó muy satisfecho, el público esto, el público lo otro, es algo arriesgado; así es que voy á emitir mi juicio aisladamente, sin pretensiones de autoridad y sin humos de crítico maestro, simplemente midiendo lo bueno ó lo malo en el molde de mi gusto individual.

*Los Madgyares* es una zarzuela bien conocida en Costa Rica: se ha representado innúmeras veces. No hay aprendiz de músico ni pillete de oído listo que no se sepa de corrido las armonías de esa zarzuela. Es bellísima; pero la maldita afición á la novedad hace que esa pieza canse el espíritu, porque apenas principia el artista á cantar ya tiene Ud. á todo el mundo repitiendo mentalmente y aun adelantando la armonía. Creo, pues, que esa zarzuela representada hoy, hace el oficio de vieja verde: ya tiene canas. Los artistas estuvieron bien: la Celimendi especialmente, en la escena de la ciega, representada con toda maestría.

*Boccacio*: aquí te quiero ver escopeta. Opereta francesa, pues como no me ha de gustar, si con decir que es francesa ya se dijo todo. En estos tiempos de galomanía, si se quiere te-

ner humos de literato y que se le tenga á uno por acabado crítico no hay más que estirar el cuello, mirar por encima de los anteojos (cuando se usan) y con tonillo doctoral decir: la literatura francesa, la opereta francesa, los artistas franceses, el pan francés, ah! oh! si esto es lo único que sirve, aunque se conozca tanto lo francés como lo conozco yo, con trabajo de oídas. *Boccacio* tiene mucha sal: chiste incisivo, con colorecito tirando á rojo, pero muy del gusto de la época, música ligera, así á estilo francés, (maldito si yo conozco cual es de otro estilo), toda la pieza, en fin, es de lo bueno.

Los artistas trabajaron á satisfacción. La señora Fernández que representaba el primer papel estuvo muy bien. Supo traducir con bastante verdad el carácter de su papel.

Los tres maridos estuvieron, no diremos que inimitables, porque su papel no es difícil de representar, pero sí adorables.

*El Reloj de Lucerna* era la pieza esperada con ansiedad por nuestro público: venía precedida de un susurro que era una buena promesa. La hemos visto por dos veces: nos parece que esta pieza hace una escapada de los dominios de la zarzuela y con música y todo trata de colarse en la jurisdicción del drama. Los números de la música, aunque me parecen bellísimos, creo que son eclipsados por el interés dramático y por la sonoridad y belleza de los versos. No se sale de esta función modulando el trozito musical que más nos agradó sino recitando la estrofa que se agarró más fuertemente al tímpano.

El verso es precioso. Bellas comparaciones, pensamiento vivo, cadencia dulce, eso tienen algunos trozos de la obra, dejando á un lado por supuesto aquello de

Porque los muertos Fernando  
Como están siempre callando  
Oyen mejor que los vivos,

y lo otro de:

También hay árboles huecos  
Que no tienen corazón;

pues semejantes simplezas relumbronas, al lado de pasajes como la descripción del amor maternal que pinta Matilde nos parece que hacen el papel de la tambora en un concierto de instrumentos suaves: mucha bulla, mucho escándalo, pero la belleza del pensamiento, la sustancia, que es el alma del verso, eso á buscarlo á la China.

Los artistas desempeñaron su papel bien, muy especialmente la señora Celimendi, que como declamadora es notabilísima. Estuvo esa noche admirable.

—

Numerosa concurrencia había invadido el

Teatro el martes último. El beneficio de la señora Celimendi tenía lugar esa noche. Las simpatías por la agraciada de una parte, y la curiosidad por la otra, fueron los incentivos que movieron al público á concurrir á la zarzuela, pues la pieza, puesta por cuarta vez en escena y no de general aceptación, nunca hubiera sido suficiente por sí sola para atraer tan abundante número de personas.

Desde el momento en que la beneficiada se presentó en las tablas, una lluvia de flores cayó á sus pies y un nutrido aplauso se dejó oír. El entusiasmo se manifestaba á cara descubierta y los esfuerzos de la simpática señora Celimendi se veían premiados con una de esas ovaciones que tan queridas son de los artistas. Natural era que la agraciada procurara, como se dice, echar el resto, puesto que era ella la heroína, si no de la zarzuela sí de la función. Así fué. Ella trabajó con esmero; lució sus dotes de artista en toda su lujosa verdad y aumentó con su lucido desempeño las simpatías que ha sabido inspirar, demostrando en esa noche que era digna de recoger las flores que caían á sus pies.

Entre el primero y segundo acto la beneficiada regaló al público con una canción que creo agradó bastante. Al concluir el canto y en medio de las flores que caían en el proscenio, arrojadas de palcos y platea, apareció el simpático joven don Aquileo J. Echeverría y recitó con envidiable soltura unos versos que la señora Celimendi había inspirado al joven poeta. Nuestra felicitación para el joven Echeverría.

La representación por parte de los demás actores estuvo buena; muy especialmente Mr. Canard, nuestro colega, estuvo admirable. Se me ocurre una duda á propósito de Mr. Canard, (vulgarmente Vila). ¿Por qué será que siempre representa papeles secundarios y pocas veces se le ve en la escena, siendo así que sus altas dotes de artista le han dado por indisputable título uno de los primeros lugares en el personal de la Compañía Villarreal? Averíguelo quien pueda.

\*\*\*

El Lic. don Rafael Montúfar partió el miércoles pasado con dirección á Guatemala. Según nos dijo él su estada en aquella República será corta. La amistad quiere hacerse la ilusión de que efectivamente lo será, porque de lo contrario nuestro cariño se pondría nervioso y nos veríamos obligados á entablarle demanda de daños y perjuicios, por haber burlado con su ausencia el afecto que sus bellas cualidades han sabido inspirarnos.

\*\*\*

Última noticia de esta mi crónica, noticia con ribetes de promesa y remates de súplica.

Los grabados de *Costa Rica Ilustrada*, dicen que se dice, son de ningún interés para el público. Retratos de notabilidades europeas

los encuentra uno á manojos en cualquier revista extranjera. Se susurran por esos mundos cosas muy justas como aquello de que el Gobierno no presta su valioso apoyo á este periódico para que nos dé grabados extranjeros, sino algo local, algo que redunde en beneficio del país.

Valiente ganso estás tú, señor Cronista, dando noticias que todo el mundo sabe. ¡Cómo si fuera menester que lo dijeras tú para saber que el público no está muy á sus anchas con las ilustraciones de la tal *Costa Rica Ilustrada*!!

Ribeteemos ahora esta *fresca* con un poquito de promesa. Nuestro amigo don José Antonio Soto está ya para llegar á París. Desde allí nos enviará con toda regularidad grabados locales, retratos de nuestros hombres distinguidos y hasta piecitas de música hijas de la musa costarricense. Para esto se ha llevado una buena provisión de vistas y retratos que publicaremos á la mayor brevedad. Y cuando esto sea, ¡qué huecos vamos á estar! ¡Cómo nos va á gustar ver nuestros edificios, que conocemos desde niños, grabaditos con todo aseo, y á nuestros conciudadanos, á esos que se pasean tan frescos por las calles, olvidados tal vez de lo que les debe la patria por sus servicios, la ciencia ó el arte por sus méritos, verlos quietecitos en una hoja de *Costa Rica Ilustrada*, con sus notas biográficas al lado, como es usanza en las revistas ilustradas de allende el mar.

Y ahora en tono sentimental va la súplica. Calma, señores suscritores; calma público indulgente. Unos meses más de espera no han de ser insoportables para quien está esperando desde que vino al mundo; unos meses más y se convencerán de que el apoyo del Gobierno y la buena acogida del público son bien merecidas por quien trata antes que todo de ser útil, agradable y complaciente.

MR. RENARD.

## EN EL TEATRO.

Voy á manifestar lo que siento y siento tenerlo que manifestar: las zarzuelas de *sensiblería* y de grande aparato me cargan, me desesperan, me anonadan, me enferman, me aniquilan, me alteran los nervios, me estropean la inteligencia y me hacen desear la muerte por explosión súbita y si mas trámite.

Cuando la empresa "Villarreal" se decide á darnos á conocer los encantos de una nueva pieza, y lo anuncia previamente con letras gordas, despiértanse en mi conciencia temores que me atormentan durante algún tiempo, me acuerdo de lo conmovido que salí de la primera representación de la *Guerra Santa*, observo que algunos ingenios tienen el privilegio de herir con demasiado brío las cuerdas del sentimiento, y concluyo por comprender que aun no me en-

cuentro preparado para recibir impresiones violentas.

Mas he aquí que en la noche del miércoles 24 del corriente sentía una gran dosis de aburrimiento, las vanidades mundanas me hacían poner cara de filósofo, me dejaba roer las entrañas por el tedio; resumen total: *spleen*.

Contra el *spleen* la calle, el movimiento, el ruido.

Pues vamos á la calle, y sin saber por qué ni cómo—á pesar de anunciarse la representación de una pieza nueva—los pies me llevaron hacia el teatro.

Se ponía en escena el *Reloj de Lucerna*: había allí un tirano y un consejo y un conspirador y una madre y unos novios y . . . . . pero ¿á qué enumerar? Baste decir que la obra logró preocupar la atención del público, logró conmovérle y los aplausos resonaron con estrépito varias veces. Era lo que debía suceder: en una de esas piezas que producen en la gran mayoría, un efecto instantáneo y vivo, aunque esto se consiga á expensas de la verdad, aunque sea necesario esforzar y violentar los sentimientos hasta entrar en lo inverosímil.

Por qué se entusiasmaba el público? Se entusiasmaba ante unos versos del señor Zapata, ni mejores ni peores que tantos y tantos como escriben los innúmeros poetas adocenados que tienen cierta deplorable facilidad para decir las cosas de modo y manera que resulte poesía, entendiendo por tal lo que suele llamar el vulgo copla.

No versifica mal el señor Zapata, entendiéndolo por versificación lo más superficial de la poesía; suenan bien sus cuartetos y quintillas; no emplea jamás palabras prosaicas indignas de la rima; pero los rípios no solamente andan disfrazados, sino que se ven á primera vista. Pulan además los versos ampulosos que no dicen nada, como aquellos de

También hay árboles huecos  
Que no tienen corazón,

y otros muchos que la señora Celimendi—concedora ya del gusto que por aquí domina—recita ahuecando la voz y con ademán trágico.

Nada hay en esa obra que revele al autor de buena ley; ninguna originalidad hay en ella ningún rasgo que deje ver la habilidad del poeta que ha nacido para llevar á la escena sus concepciones. Tan poco interés inspiran aquellos personajes, que el espectador se olvida de ellos para oír la música de los versos, como debió sucederle al mismo autor, que no supo resistir á la tentación de convertir en poetas líricos á todos los caballeros y á todas las damas que intervienen en su poema.

En todas partes el teatro, como la novela, tiende cada día á la naturalidad, y los ingenios de la ópera española parece que se esfuerzan en mantener un convencionalismo que ya va rayando en ridículo; sobre todo en la cuestión de

su forma no hemos visto ni un solo autor de los que escriben tales obras que intente la reforma indispensable de hacer que los personajes hablen como personas.

Creer que un hombre, por el mero hecho de desear la venganza de un amigo, ha de convertirse en filósofo y soltar por aquella boca mas pensamientos que escribieron los socialistas sentimentales, es sencillamente un absurdo. Que una madre que va á perder á su hijo coja el cielo con las manos, santo y bueno; que odie al asesino de su marido, mejor; pero ya no parece bien que exhale un olor á misticismo que apesta, ó que acuda á la óptica en sus relaciones con las bellas artes para quejarse, con todo aquello de la sombra y de la luz y de las sombras de la sombra etc. etc.—Señores, un poco de formalidad, ya que tantas bromas nos dan con el subjetivismo caprichoso.

Estoy firmemente resuelto á no ver más los cuadros que me obliguen á sacar el pañuelo. No, yo no volveré al teatro á contemplar esos graves personajes de la zarzuela sentimental tan amantes de recitar versos sobre distintos motivos.

Desde luego aparto la vista del escenario por no ver, por no oír . . . . . sobre todo: ¿no hay á mi alrededor un verdadero lujo de fulgores? ¿no está allí la hermosura esparciendo sus perfumes? Esa es la verdadera poesía.

\* \* \*

En el teatro la ciencia de la observación se hace campo.

Me acomodo, pues, en mi butaca y me dedico á hacer conjeturas y filosofías.

Curioso es en aquellos momentos examinar las cabezas de hombres y mujeres: los perfiles acentuados ó de líneas confusas; los semblantes animados ó insulsos, los ojos vivaces ó los desteñidos, las bocas de todos tamaños y de todas expresiones; las flacuras extremas y las gorduras en demasia.

Todos los tipos tienen allí su representación: hay el semblante adusto y el sonriente, la cabeza inteligente trabajada por el pensamiento y la cabeza gacha de quien ahoga los bostezos, aburrido de no entender lo que se habla en el proscenio; hay el hombre joven de cabellos vigorosos, bien plantado y rebosando savia juvenil y el viejo acartonado pintado con tintes y cosméticos; hay el elegante que lleva bien su traje correcto y el zurdo y de mal gusto que ostenta prendedores y anillos deslumbrantes y abigarradas corbatas.

Hay el escopeteo de las frases aceradas de las muchachas y el cabeceo disimulado de las ancianas: las miradas rápidas, la crítica femenil que hace la crónica de los trajes, el tijereteo de las vidas ajenas, las revelaciones de amoríos, los suspiros, los saludos significativos, las sonrisas burlonas, las frases sarcásticas, los celos y los desprecios que se manifiestan, y los dolores

agudos que se ocultan y que por lo mismo punzan con doble intensidad.

Algunas veces se conversa sin miramiento alguno al deseo de silencio que manifiesta la concurrencia. Es la crítica que observa y no deja escapar nada: Fulanita lleva el mismo vestido del año pasado, al que no ha hecho mas que cambiarle la delantera y mudar las bocamangas de terciopelo; feísimo el peinado de aquella; ésta viene siempre con la misma pulsera de oro, como si no estuvieran cansados de vérsela; Zutanita está pintada hasta las orejas; Menganita se está mirando con una desfachatez increíble con Z... el pica-flor que hace poco tiempo festejaba á la de P.... en fin es un conversadero que marea.

En los corrillos formados en las galerías se encuentran algunas veces tipos dignos de un estudio detenido: los impresionables y los frívolos mezclan á sus frases rimbombantes los nombres propios de celebridades, frases ó palabras en francés de *cocina*; se habla fuerte y campanudamente, haciéndose mérito de las lecturas precipitadas del día á propósito de la pieza representada; se manosea la literatura dramática ó se hacen confesiones infantiles; se habla, en fin, con esa precipitación, que á fijarse taquígraficamente las palabras que se desbordan, harían el proceso público de tantos satisfechos ignorantes.

A pesar de uno que otro defecto que indudablemente se corregirá cuando se alcance el ideal del teatro aristocrático, del teatro pulido y correcto, el éxito con que nuestra sociedad va imitando cada año las cultísimas maneras europeas es no solamente indiscutible sino también halagador.

Es verdaderamente bello el espectáculo que presenta la juventud, cuando vestida de gala asiste á las representaciones. Sobre todo, el motivo de ponerse así de fiesta no puede ser más simpático. Para oír música, para palpar con las emociones espléndidas del arte, se debe preparar uno como para un desposorio. Al teatro lírico se va á tomar una especie de baño de ideal. ¿Quien sabe qué hombre nuevo va á resultar entre nosotros después de vibrar como un cristal ante las creaciones casi-divinas de la música? Una pasión intensa, un ataque imprevisto, una canción jamás oída, la lectura de unos versos, la vista de un espectáculo sublime, una mujer hermosa ¿no forman época en la vida humana, no nos despiertan cualidades y sentimientos, rasgos y fisonomías que nosotros mismos no nos habríamos sospechado?

Parece que como partes del gran todo universal, estamos sujetos á nuevos arreglos moleculares, que se producen así en nuestro cuerpo como en nuestro ánimo, al someternos á la alta temperatura de las emociones inhabituales.

En la parte femenina de la concurrencia es más notable quizá la evolución en el sentido del perfeccionamiento. Las artes de la moda han hecho grande acopio de armas para apresurar la seducción y final derrota del hombre.

¿Quién que no sea enemigo de lo bello no aprovecha esta hora suprema para deleitarse en la contemplación de tantas líneas y relieves, de tantos ojos negros y rasgados, de tantas hermosas cabelleras, de tantas bocas rojas y húmedas?.....

Cuando fijo la vista en los palcos, siento en el principio algo como un mareo; los sentidos se enardecen con el espectáculo de aquellas olas multicolores y asemejándose á los animales feroces cuando ven sangre, beben la ola con furor deseando que se convierta en torrente.— Muchas horas después conservo en la retina la imagen de aquellas mujeres de bellos rostros y blancos dientes.—No podía ser de otra manera: ¿cómo dirigir la vista al palco n<sup>o</sup> 12 sin que nos cautive aquella graciosa niña que parece una gota de rocío resbalando por el pétalo de un lirio?—¿cómo no ver en el palco n<sup>o</sup> 14 aquella ninfa juguetona y traviesa en cuyo rostro la gracia deja sus toques de luz?—Y si clavamos los anteojos en ese cofrecillo de riquezas orientales que se llama el palco n<sup>o</sup> 11, ¿podremos retirar la mirada impunemente?—Imposible: aquellas son ondas de oro que van, vienen y se funden en giros infinitos. Dicen que esas niñas se han reunido allí casualmente: no lo creo. Imagináoos que un artista de mucho talento en joyería recorriera los palacios de los grandes de la tierra, y escogiera lo que entre todos ellos encontrara de mejor y de más preciado, y luego formara con las piedras escogidas una joya admirable en que los zafiros y los ópalos, las esmeraldas y los rubíes, combinándose con el oro y los diamantes, reflejaran y quebraran la luz de mil diversas maneras, variando la perspectiva ó irisando la atmósfera con el choque de sus rayos fúlgidos, y entonces tendréis idea de lo que es ese collar de perlas unidas por hilos de oro.

Si vuelvo la vista hacia el palco siguiente —n<sup>o</sup> 10—me encuentro..... ¿con qué diréis? pues con la mar! Soy entonces un débil esquife navegando en un mar de... fuego. A propósito recuerdo lo que decía un notable escritor americano: “contemplando ese océano, la primera frase que se me ocurre es ésta: naufraguemos.”

Fatigados los ojos de aquella revista de tantos centenares de caras, procuran entornarse y descansar. Lo repito: horas después, el pensamiento soñaba en aquella atmósfera; oía la música, el bullicio, las carcajadas ruidosas, los dichos inocentes, los agradables coloquios; miraba gasas transparentes, flores perfumadas, colores abigarrados, trajes caprichosos....

ODÍN.